

RESSENYES

Luis Blanco Domingo, *Libros como trincheras. La biblioteca de la Universidad de Zaragoza y la política bibliotecaria durante la Guerra Civil Española (1936-1939)*. Zaragoza: Ed. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, 420 pp.

Desde el comienzo de la contienda, el bando rebelde tuvo muy claro que la política cultural diseñada por la República debía ser combatida. Culpaban a los libros y a la intelectualidad «roja» de la pérdida del orden moral, la tradición cristiana y las ideas patrióticas españolas. El libro, y sus variables, adquirieron entonces la condición de objetivos de guerra. Al principio, no hubo unas directrices claras; la primera reacción condujo de forma indiscriminada a muchos ejemplares a la hoguera y se depuraron todas las bibliotecas de los territorios que iban controlando. Solo con el paso del tiempo el libro se convierte propiamente en un instrumento de propaganda y la biblioteca se transforma en la mano ejecutora de la política propagandística del Gobierno de Burgos.

El trabajo del profesor Luis Blanco Domingo, fruto de su tesis doctoral, nos sumerge en las vicisitudes que experimentó la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza y las actuaciones que esta llevó a cabo durante el conflicto de la Guerra Civil Española. Con frecuencia se cree que la bibliografía centrada en la Guerra Civil es ya desmesurada. Sin embargo, la obra *Libros como trincheras. La biblioteca de la Universidad de Zaragoza y la política bibliotecaria durante la Guerra Civil Española (1936-1939)* viene a descubrirnos que aún quedan temas importantes que estudiar durante este periodo. Este libro contribuye a llenar un hueco en la historiografía de las bibliotecas universitarias, poco estudiadas en el ámbito español, dándose una importancia abrumadora, la mayoría de las veces, a las bibliotecas públicas. De hecho, el interés por las bibliotecas universitarias se reduce normalmente a dos momentos puntuales: su

fundación y el período de esplendor, tal como nos cuenta el propio autor en la introducción.

Este es licenciado en Historia Medieval por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Información y Documentación por la Universidad de Zaragoza, donde trabaja actualmente como profesor asociado. Aunque empezó su carrera investigadora con artículos sobre economía y fiscalidad medieval, en los últimos años se ha metido de lleno en el estudio de la Biblioteca de la universidad zaragozana y de sus miembros.

La investigación parte del hecho de que la capital del Ebro se posicionó desde el primer momento del lado golpista, constituyéndose como adalid de la política bibliotecaria de todo el bando nacional y, desde 1939, del ideario vencedor que se impuso en el nuevo Estado dictatorial. Así esta biblioteca universitaria fue el laboratorio donde se experimentaron las diversas actuaciones bibliotecarias que fueron implantándose a lo largo de las siguientes décadas.

La obra se divide en cuatro bloques. Cada uno de ellos de igual importancia equitativa a la situación histórica y a los temas objetos de su análisis. En la primera parte, el investigador nos acerca a la situación de la cultura en general y de la biblioteconomía en particular, en el primer tercio del siglo XX. Los dos bloques centrales son los específicos del objeto de estudio. El primero de ellos aborda la política bibliotecaria que se planteó en el bando «azul». Cuando estalló la guerra, el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos se dividió, como lo hizo el país entero, en dos bandos. Sin embargo, la rápida anexión de la ciudad a la causa nacional hizo que la actividad

de la Universidad (y, por ende, de su biblioteca) quedara supeditada a la ideología sublevada: conservadora, patriótica y católica. Además, el estallido bélico ocurrió durante el verano, coincidiendo, por tanto, con las vacaciones estivales. De forma clara, esta política ha sido dividida por el profesor Blanco en dos etapas: la primera, desde el inicio de la guerra en julio de 1936 hasta enero de 1938; la segunda, desde esa fecha hasta el final de la contienda.

En la tercera parte, el autor acomete la relación de actividades de la Biblioteca universitaria, distinguiendo también dos actuaciones: las ordinarias (las actividades propias y habituales del día a día de un establecimiento de estas características) y las extraordinarias, generadas por la misma situación bélica, que fueron siempre dirigidas a ayudar en el avance militar del lado sublevado. Puede destacarse, por ejemplo, la organización de visitas a monumentos, museos y centros, la organización de conferencias y exposiciones, las comisiones de depuración —de las cuales recibieron varias colecciones de bibliotecas privadas incautadas—, así como la creación de los Servicios de Lecturas del Soldado o de las Bibliotecas para Hospitales. Todo, según apunta el autor, con el único propósito de fortalecer la cohesión en la retaguardia y difundir las bondades de las actividades sobre el patrimonio cultural del bando nacional.

Tras leer esta parte del libro nos damos cuenta del esfuerzo que realizaron aquellos profesionales y la pasión que mostraban para llevar a cabo tantas tareas en unas condiciones absolutamente nefastas, pues no solamente asumieron las nuevas directrices encomendadas por la guerra, sino que también tuvieron que hacer frente a las dificultades que arrastraba desde hacía tiempo el ámbito bibliotecario: soportar el escaso interés por las bibliotecas tanto por parte de las autoridades superiores como del propio rector de la Universidad, la escasez de material técnico y de personal, la falta de financiación para nuevas adquisiciones, fondos sin catalogar, la falta de espacio y las malas condiciones de éste (mala iluminación y calefacción), y la disputa por

el predominio entre la Biblioteca central (bajo potestad estatal) frente a las bibliotecas de facultades (que estaban bajo la autoridad de una universidad que luchaba por obtener mayor autonomía).

En la última parte del libro, y tras las conclusiones de su investigación, el autor despliega un cuerpo extenso con las fuentes utilizadas, la bibliografía y un apéndice biográfico del personal de la biblioteca universitaria zaragozana. A este respecto, el profesor Blanco Domingo utiliza una cantidad ingente de material archivístico: desde circulares y órdenes de organismo oficiales, expedientes personales y memorias —sobre todo de las de la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, utilizando las memorias que van desde 1932 hasta 1941—, pasando por cartas personales entre los diferentes protagonistas, informes, actas de las diferentes juntas institucionales, hasta listados de libros, censos, leyes y decretos.

Considero que uno de los mayores aciertos de este libro radica en la forma de exposición de la investigación. Se abordan multitud de elementos en un amplio abanico de partes. De esta forma, el autor ofrece un discurso detallista y riguroso, sin caer en el tedio. Todo ello con el fin último de que comprendamos la situación global del momento. A fin de cuentas, Zaragoza se convirtió en el epicentro de la pauta bibliotecaria del bando nacional, por lo que es fácil comprender cuál era la situación de todo el panorama bibliotecario a nivel nacional.

Otro elemento valioso de esta obra es el análisis cuantitativo que el autor va insertando entre medias de la narración, a través de más de una docena de gráficos, que muestran, de una forma visual, por ejemplo, el número de lectores que tuvo la biblioteca, las obras consultadas, la relación entre lectores y profesión o el género de los lectores, entre otros.

En definitiva, *Libros como trincheras* es la historia de un colectivo frecuentemente olvidado, en un momento histórico crucial para todos los ámbitos de la vida de este país.

Cristina Martínez Núñez